

**A. Sánchez Cabaco (coord.), Congreso Mundial de Universidades Católicas:
comunicaciones. Universidad Católica de Ávila, Ávila, 2011**

**Identidad y misión de las universidades católicas
Congreso Mundial de Universidades Católicas
Centro de Exposiciones y Congresos “Lienzo Norte”
Ávila, 12-14 agosto 2011**

Eje temático:

3. La respuesta de la universidad católica a los grandes retos de la humanidad

La síntesis de saberes, objetivo del universitario y de la Universidad

Juan Pablo Serra

Departamento de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria
Ctra. Pozuelo-Majadahonda, km. 1800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)
913510303 (ext. 1308)
j.serra.prof@ufv.es

Resumen. La Universidad es una institución nacida del afán humano por buscar el saber y de una convicción arraigada en el Occidente cristiano, a saber, que el cultivo de sí es un bien que pasa necesariamente por la formación intelectual, volitiva y afectiva. En el siglo XIII, maestros y discípulos se reunían para aprender los saberes y, con ello, formaban un gusto por el conocimiento riguroso de la realidad que luego había de servir a la sociedad. Ahora bien, el espectacular desarrollo de las ciencias y la especialización de las mismas —junto con sus indudables beneficios— conlleva un reto de indudable vigencia para el siglo XXI. La Universidad, hoy, no sólo tiene como misión buscar y enseñar el saber sino, también, reconocer las limitaciones de cada ciencia particular para entender la realidad y, a partir de ahí, proponer síntesis vigorosas entre los distintos saberes y disciplinas. Sólo así podrá ofrecer una formación amplia que permitirá al universitario entender la multitud de datos de las distintas disciplinas y, con ello, tener una visión global del mundo y del ser humano.

Palabras clave: sabiduría, especialización, Universidad, síntesis, maestros.

Abstract. The University is an institution born out of the human desire of wisdom and deeply rooted in conviction largely held in the Christian West, namely that taking care of oneself involves a combination of intellectual, volitional and emotional training. In the thirteenth century, teachers and students gathered to learn the existing knowledge and, in doing so, they acquired a special sensitivity for rigorous knowledge of reality, which later had to be employed for the sake of society. However, the spectacular development of science and the specialization of its branches, along with its undoubted benefits, carries an undeniable challenge for the twenty-first century life in advanced societies. The university nowadays not only has the mission to seek and teach the existing knowledge, but it also has to recognize the limitations of each particular science to understand reality as a whole, and from there it has to forge strong synthesis between the different knowledge and disciplines. This is the only way the University can provide a broad education that will enable the student to understand the multitude of data from different disciplines and thus have a global vision of the world and the human being.

Key words: wisdom, specialization, University, synthesis, masters.

El tercio final del film *Mi gran boda griega* (Joel Zwick, 2002) muestra el enlace anunciado en el título entre Toula, una treintañera que sirve como camarera en el restaurante de su padre, e Ian, un atractivo profesor de Literatura. La diferencia en sus orígenes culturales —griego y ortodoxo el de ella, anglosajón y protestante el de él— es tan acentuada y sus modelos familiares —comunitario el de ella, individualista el de él— tan dispares que, cuando a Gus, patriarca de la familia Portokalos, le toca hablar para todos durante el banquete, recurrirá al origen de las palabras para encontrar algún punto en común más allá de lo folklórico:

Estaba pensando, anoche, la noche antes de que mi hija se fuera a casar con Ian Miller que ¿sabéis? la raíz de la palabra "miller" es griega. Y "miller" viene de la palabra griega *mhlo*, que significa "manzana". Y ya está. Como muchos de vosotros sabéis, nuestro apellido Portokalos viene de la palabra griega *portokáli*, que significa "naranja". Así que, bueno, esta noche tenemos manzana y naranja. Todos somos distintos pero, en el fondo, todos somos frutos.

Los aplausos que siguen a esta intervención y las sonrisas que despierta quizá sean consecuencia del contexto festivo del casamiento pero, también —¿por qué no?— suponen un reconocimiento. Y es que Gus ha sintetizado lexicología, agricultura, sociología, antropología y hasta teología en apenas cuatro frases. Pero su discurso no impresiona a los asistentes por la cantidad de conocimiento exhibido, sino por la capacidad de juicio, de tener en cuenta la mayor cantidad de factores de la realidad. Y, sobre todo, por la comprensión de la realidad en general y de la situación concreta que demuestra en una oración tan sencilla como “todos somos frutos”. Porque afirmar que todos somos frutos es lo mismo que decir que todos somos dones, regalos para los otros, y que no nos damos a nosotros mismos la existencia —también en sentido teológico: el ser humano es porque es un don del Ser para el Ser—. El padre de Toula ha logrado una síntesis sabrosa porque está hablando del sentido de la vida y lo está relacionando directamente con su vida, con su apellido, con su sangre e incluso con la situación que protagoniza, donde él mismo está “regalando” a su hija y donde Toula e Ian se están ofreciendo el uno al otro —que es el sentido antropológico del matrimonio—.

Estamos, por tanto, ante un ejemplo maravilloso de síntesis de saberes, enunciado por un hombre sencillo, posiblemente sin estudios. ¿Por qué, entonces, se dice y se repite que es misión de la Universidad el lograr síntesis generales y comprensivas de las ciencias humanas y naturales? El discurso sobre la naturaleza y

propósito de la Universidad es casi tan antiguo como la institución y está tan cargado de historia como de lugares comunes. ¿A quién no le suenan términos hoy tan extendidos como “excelencia académica”, “formación integral”, “espíritu crítico”, “servicio a la sociedad”, “capacitación profesional”, “búsqueda de la verdad” o “síntesis de saberes”? Ciñámonos a este último para ver la confusión que genera la repetición mecánica de lemas. Cuando se afirma que llevar a cabo síntesis de saberes es misión de la Universidad, ¿qué quiere decirse exactamente con esto? ¿Acaso que la Universidad debe ocuparse de ver la relación entre las ciencias existentes o, más bien, que debe generar conocimiento nuevo para unirlo al antiguo? Ahora bien, lograr estas mixturas no es fácil y, suponiendo que sea posible, ¿en qué principio habría de basarse dicha síntesis? Además, una Universidad es muy grande, por lo que ¿quién debe hacerlo? ¿profesores consagrados, jóvenes investigadores, maestros con experiencia? Más aún ¿por qué el sintetizar saberes es tarea específica de la Universidad en mayor medida que la búsqueda de la verdad, la capacitación profesional, la investigación científica, la excelencia académica o la formación en habilidades, competencias y destrezas?

Como se ve, por tanto, “síntesis de saberes” apunta a un núcleo conceptual amplio, en el que es fácil perderse. Este trabajo pretende aclarar de un modo sistemático por qué es un pilar de la educación universitaria el lograr realizar síntesis de saberes. Para ello, tras indagar en el sentido de la pregunta y las dificultades para llegar a una respuesta diáfana, se pasará a situar este objetivo educativo en la Universidad, la actualidad de su pretensión y el modo humano y encarnado de lograrlo.

1. La síntesis de saberes como tarea humana

Sintetizar es propio del hombre, un ser peculiar que vive en el mundo y entre personas pero que no sabe a ciencia cierta ni tiene prefijado qué hacer para sobrevivir, ni cómo vivir bien entre sus iguales. Gracias a nuestras facultades cognoscitivas, sensitivas y afectivo-volitivas, los seres humanos aprendemos y ganamos experiencia de la realidad, y poco a poco vamos uniendo lo ya sabido o lo ya vivido con nueva información científica, experiencia empírica e intelectual, observación sensible, vivencias de todo tipo... Como recuerda Aristóteles al principio de la Metafísica, todos los hombres tienen naturalmente deseo de saber pero, para saber, no basta con acumular datos sino que hay que relacionarlos con la experiencia efectiva o también, a veces, con lo ya sabido, esto es, ser capaz de “referir una representación presente a las demás que

constituyen nuestro sistema del universo y hallar la relación que la permita entrar a formar parte de la unidad del saber” (García Morente 1996 [1918]: 89).

En la actualidad, hablar de síntesis en el ámbito del conocimiento tiene un fuerte regusto kantiano pues, en efecto, para el filósofo de Königsberg el conocimiento humano es, fundamentalmente, síntesis de representaciones. Y, en cierto modo, es comprensible que —como herederos de la Modernidad— sea hoy cuando nos planteamos el problema de la síntesis de saberes. No sólo es que, por definición, el conocimiento humano sea capaz de un crecimiento ilimitado, sino que, de hecho, el saber acumulado de la Humanidad hoy es tan gigantesco como fragmentado o especializado en una multitud inabarcable de ciencias y saberes particulares. Esto plantea un reto novedoso en la Historia, a saber, que para ser “sabio” y no sólo “especialista”, cualquier persona debe realizar algún tipo de síntesis. Más aún, si entendemos por sabiduría el conocimiento integrado a la propia vida mediante un acto libre de amor y aceptamos que el conocimiento “no es una actividad más del sujeto humano, sino la forma misma de su relación con la realidad” (Di Martino 2010: 9), entonces veremos no sólo que el saber es la aspiración natural de cualquier ser humano sino, también, que la síntesis de saberes tiene sede antropológica, que es parte constitutiva de lo que somos. En efecto, continuamente “fecundamos” lo sabido con lo nuevo, asimilamos la información recibida con las ideas que ya teníamos, integramos nuestras vivencias en una historia o relato personal e interpersonal más amplio y relacionamos el conocimiento aprendido con la experiencia vivida. Lo que sintetizamos, en definitiva, es experiencia y razón, pues

una experiencia que se constituya sin la intervención del pensamiento reduciría la vivencia a vitalismo, a reacción mecánica, a emoción anómica. Por otra parte, el pensamiento no puede formularse sin una constante referencia a la experiencia ya constituida, que posee una complejidad de elementos sensoriales e imaginativos, afectivos y emotivos, lingüísticos y culturales que la razón no tiene, pero que necesita, para ejercitarse como tal (Botturi 2002: 47).

Esta síntesis no sólo permite hacer experiencia, sino que, a través de ella, nos constituye en sujetos capaces de poseer una identidad personal que integra y unifica las vivencias. No obstante, el uso de la palabra “síntesis” no está exento de problemas pues, en otro sentido, también los animales y las plantas sintetizan. De hecho, el diccionario da hasta cinco acepciones de “síntesis”, según el ámbito al que se refiera. Así, por

ejemplo, en sentido filosófico define síntesis como la actividad intelectual mediante la cual se realiza la unión de sujeto y predicado en el juicio. Pero, en sentido químico y biológico, define síntesis como un proceso de obtención de sustancias y materias complejas a partir de sus componentes y moléculas más simples. Ciertamente, las distintas acepciones refieren fenómenos muy distintos, pero todas inciden en que “síntesis” es la composición de un todo por la reunión de sus partes (tanto en el orden material como en el del pensamiento). Con todo, esta definición nominal no aclara mucho. Al fin y al cabo, en el ámbito del saber, ¿cuál es el “todo” que se “compone” por reunión de qué “partes”? Y, nuevamente, si de algún modo pudiera componerse ese todo, ¿por qué habría de encargarse de ello la Universidad?

2. La búsqueda del saber unitario en el origen de la Universidad

Hoy en día, la educación y el prestigio universitarios han experimentado una seria devaluación. Las causas próximas de ello seguramente se encuentren en la mercantilización del saber y la enseñanza, reformas educativas mal enfocadas y una mentalidad posmoderna que deslegitima el saber por considerar que el conocimiento humano no se refiere al mundo y que toda ciencia es un relato más acerca de la realidad tan válido como cualquier ficción.

Aún y todo, si vamos al origen y a la esencia de las cosas, advertimos que entrar en la Universidad es mucho más que cumplir ciertos requisitos legales y escolares, pagar tasas y gastar horas en clase. Es asumir una forma de vida, adentrarse en la aventura del conocimiento y comprender que

la Universidad es la corporación de estudiantes y profesores que, por la investigación y la docencia se ordena a la contemplación de la verdad, a la unidad orgánica del conocimiento, al cumplimiento de las vocaciones personales y a la preparación de profesionales necesarios para la realización del bien común (Basave 1993: 461).

Entrar en la Universidad, en definitiva, es esforzarse por ser universitario y no sólo parecerlo, lo que se comúnmente se concreta en buscar el saber, lograr síntesis de saberes y formarse integralmente para servir a la sociedad. En principio, a nadie debería extrañar que la síntesis de saberes sea uno de los cometidos fundamentales de la educación universitaria. Principalmente, porque si por algo existe y sigue existiendo la Universidad es porque responde al deseo y gusto natural por el saber que ya Aristóteles

detectó como una de las notas esenciales del ser humano (Metafísica, 980 a 20). Si acudimos al currículo medieval del universitario, de hecho, observaremos que la formación técnica —siendo importante, pues no en vano la carrera más estudiada era Derecho, que permitía desarrollar una profesión— era muy poco significativa en comparación con la adquisición de la sabiduría acumulada hasta el momento a través de la lectura de los autores más relevantes. Así, por ejemplo, para obtener su diploma universitario, el estudiante medieval debía conocer las obras de Aristóteles dedicadas a la cosmología y a la biología humana; haber leído los principales textos clásicos (Cicerón, Boecio, Aristóteles) sobre el arte de hablar, razonar y convencer; saber lo fundamental de filosofía de la naturaleza; haber estudiado los principales escritos sobre aritmética, gramática y astronomía (Euclides, Vitelio, Ptolomeo); y, por último, estar instruido en antropología, ética, política y teoría de la sociedad gracias a la lectura de la Ética y la Política aristotélicas (Woods Jr. 2007: 81-82).

En la Universidad se busca saber el sentido de todo, sobre uno mismo, sobre los demás y sobre todas y cada una de las cosas, pues la realidad circundante, captada por los sentidos, despierta sin cesar el interés de conocer propio de la inteligencia (Ponz Piedrafita 1996: 90). Precisamente porque el hombre quiere saber qué es todo lo que le rodea, es que pregunta e investiga y revela con ello que la interrogación es la forma original de la razón por la que el ser humano es capaz de trascender su experiencia y saber actuales a la búsqueda de una respuesta satisfactoria y razonable (Botturi 2002: 51-52). Es justamente este impulso cuestionador lo que explica la aparición de la Universidad, como recordaba Benedicto XVI en su discurso en la Sapienza (2008).

Ahora bien, el deseo de saber es como el deseo de aprender: infinito. No se llena con respuestas parciales, soluciones aparentes u opiniones dominantes, porque el anhelo de saber es de saber verdadero. Pero hoy en día nos vemos frente a dos hechos tan indiscutibles como paradójicos: por un lado, la vastísima amplitud del saber humano y, por otro, la imposibilidad práctica de encontrar un saber unitario sobre los distintos acontecimientos del mundo humano. ¿Invalida este hecho el sentido de la Universidad?

En muchos sentidos, sigue teniendo vigencia el diagnóstico sobre nuestra situación intelectual que en 1942 Zubiri resumía como confusión, desorientación y descontento (1974: 29-57). La confusión reina en la ciencia porque el hombre de hoy no entiende qué tienen que ver tanta cantidad de saberes con el saber. En el ámbito

universitario, esta confusión se revela en el desplazamiento histórico desde lo especulativo a lo técnico como instancia integradora de los distintos saberes:

Primero, la ciencia positiva desplazó a la teología y a la filosofía de su rol integrador de los distintos saberes, perdiéndose una visión unitaria de la realidad. La búsqueda de la unidad fue sustituida por la aceptación de la fragmentación y la sobrevaloración de la especialización. Más recientemente, las propias ciencias positivas han sido desplazadas en su peso relativo por las disciplinas técnicas de alta demanda social (Morandé 2000).

Por otro lado, la desorientación en el panorama intelectual apunta a un problema existencial y es que el hombre de hoy no logra ver con claridad en qué sirve tal cantidad de saberes para una vida realmente humana y, ante la proliferación de conocimientos, acaba por considerar que lo que no es inmediatamente aplicable es inútil y poco relevante. En el ámbito universitario, esto se advierte a menudo en la actitud de muchos estudiantes —y no pocas autoridades académicas— que en clase demandan una formación muy buena en lo técnico y lo útil mientras dejan a otros —la autoridad religiosa, la tradición, la cultura o la sociedad— la tarea de contestar a las preguntas e inquietudes culturales, políticas, religiosas y de búsqueda del sentido que afectan más directamente a su vida. El problema, tal como denuncia Aranguren, es que esta desorientación del hombre de hoy conlleva una existencia inauténtica (2004: 45).

Finalmente, el descontento que Zubiri detectaba en nuestra situación intelectual tiene un carácter más personal: se trata de una insatisfacción del hombre actual consigo mismo, porque parece que la actividad intelectual (científica o técnica) es cada vez más mecánica que humana. La sofisticación en las aplicaciones informáticas, la automatización de ciertos procesos de cálculo y experimento, la mejora tecnológica en las máquinas o el refinamiento en los métodos de análisis y exploración aceleran el avance en el conocimiento... pero quien queda fuera de todo ello es el científico concreto, de carne y hueso, de ahí su descontento. Curiosamente, cuando la ciencia deja de cultivarse para conocer y comprender y se sustituye por técnicas, procedimientos y dispositivos para dominar y poseer la naturaleza, quien resulta “esclavizado” es el mismo ser humano. Sometido, en primer lugar, por la misma naturaleza a la que pretendía subyugar, pues “cuantos más aparatos inventamos para el dominio de la naturaleza, tanto más tenemos que ponernos a su servicio si queremos sobrevivir” (Horkheimer 2010: 119). Pero, sobre todo, dominado por los restantes “dominadores”

que compiten con él en forma de fuerza social o económica (Melendo y Millán-Puelles, 1997: 48).

En el ámbito universitario, es más difícil localizar este descontento pero quizá tenga mucho que ver con el impacto filosófico que, según Christopher Derrick, recibe el joven que entra en la Universidad tras finalizar la educación secundaria. “Tenía en su mente la edad inmemorial, la dignidad y el prestigio de la institución académica, aunque quizá no muy conscientemente: esperaba sabiduría, esperaba respuestas” (Derrick 1997: 22). Sin embargo, y sobre todo tras las últimas reformas, se ve obligado a cumplir un sinfín de requisitos por asignatura, a realizar numerosas actividades para justificar los resultados de aprendizaje de cada materia y descubre que la Universidad ya no quiere enseñar sabiduría sino, a lo sumo, destrezas y habilidades que garantizarán su empleabilidad y le harán más ameno el curso académico pero que no necesariamente potenciarán su crecimiento personal.

A pesar de este diagnóstico, conviene recordar un principio fundamental de la antropología. A saber, que —por su carácter incompleto, dependiente e inacabado— el ser humano es y seguirá siendo un buscador: del bien, de la belleza, del amor, de la justicia y de la verdad. Todo el universo real le incita a conocer, investigar e intentar comprender la inmensa riqueza y complejidad de la realidad. La confusión, desorientación y descontento del hombre actual se supera reconociendo que el saber es más que conocimiento científico especializado y adquisición de competencias. El saber al que todos aspiramos incluye saber sobre uno mismo (cómo orientar mi conducta, cuál es el sentido de mi vida), sobre los demás (cómo han de ser las relaciones entre las personas) y sobre todas y cada una de las cosas (qué son, qué valor tienen para el hombre, por qué son como son, qué se puede hacer con ellas, a qué se debe que cambien) (Ponz Piedrafita 1996: 90-91). Sólo desde este saber unitario y comprensivo, desde una interpretación integral del ser humano y el universo capaz de dirigir la existencia —cuya enseñanza constituía para Ortega la misión perenne de la Universidad (1983 [1930]: 35-38)— pueden encontrar razonable acomodo el resto de ciencias particulares en la vida del universitario.

3. La necesidad de visiones comprehensivas en nuestros días

Puede que el origen, sentido y aspiración última de la Universidad sea lograr articular una comprensión global del mundo y del sentido de mi vida en él. Pero también es cierto que hoy cuesta ver la relación de unas ciencias con otras y con los problemas del estudiante y su mundo. Además, aunque la encontráramos, ¿quién podría saber todo de todo? Históricamente, ha habido sabios universales o “polímatas” como Aristóteles, Nicolás de Cusa, Leon Battista Alberti, Leonardo da Vinci, G. W. Leibniz, Charles S. Peirce o Henri Poincaré. Pero lo cierto es que aunque sus figuras sean admirables por su esfuerzo y contribución a la Humanidad, hoy raramente se pueden proponer como ideales, dada la limitación de tiempo para aprender todo lo que hoy habría que aprender para poder aspirar a ser polímata. Además, como ha señalado Innerarity, en nuestra cultura actual “el saber más valioso es saber qué es lo que no se necesita saber”. Es decir, tenemos tal cantidad de información y el conocimiento crece a tal velocidad que, sólo en relación a la cantidad de saber disponible, cada vez somos menos sabios. Y es que “la especialización y fragmentación del conocimiento han producido un incremento de información que va acompañado de un avance muy modesto de nuestra comprensión del mundo” (Innerarity 2011: 85). Hoy resulta urgente formar gestores del conocimiento —que sepan dónde está la información y hagan las preguntas correctas para encontrarlo— pero, más si cabe, la elaboración de síntesis, visiones generales, núcleos de cada asunto. ¿Por qué? Porque sin visión global no hay comprensión ni verdadera conciencia del valor del conocimiento. De hecho, como ha recordado Pierre Bayard, las personas cultivadas hoy saben que la cultura es sobre todo una cuestión de orientación y que “ser culto no consiste en hacer leído tal o cual libro, sino en saber orientarse en su conjunto, esto es, saber que forman un conjunto y estar en disposición de situar cada elemento en relación con el resto” (2008: 28).

Tres ejemplos reales tomados de los ámbitos político, económico y artístico bastarán para probar la urgente necesidad actual de forjar visiones de conjunto.

En julio de 2008, mientras el actual presidente de EEUU hacía campaña de su candidatura en el extranjero, un micrófono direccional captó una conversación con David Cameron, por aquel entonces líder de los tories británicos, en que ambos señalaban al ocio como un ingrediente esencial de la política. En efecto, cuando no se encuentra tiempo exclusivo para reflexionar, entonces...

—Obama: bueno, empiezas a meter la pata, o pierdes visión global. O bien empiezas a carecer de... no sé pierdes la capacidad, el sentido...

—Cameron: De juzgar por ti mismo. Y eso es precisamente de lo que se trata la política. Los juicios sobre los que basas tus decisiones.

—Obama: Exactamente. Y la verdad es que tenemos un montón de gente inteligente que sabe 10 veces más que nosotros sobre los temas específicos sobre los que tienes que decidir. Y si te esfuerzas por entender todos los detalles de las cosas que pasan por tus manos acabas sabiendo un poco de todo, pero lo suficiente como para poder juzgar y tomar decisiones sobre las opciones que se presentan (El peligroso alcance de los micrófonos, 2008: 18).

Este extracto añade un matiz a lo que venimos diciendo, y es que la síntesis de saberes tiene que ver con juzgar y comprender para poder decidir. La política —que es un arte “sinóptico” que exige tener la mirada más amplia posible sobre la realidad gobernada— no es una ciencia exacta ni, por tanto, demanda medidas basadas en causas necesarias. Al contrario, pide un mínimo de reflexividad y prudencia por parte del político, y un máximo de proactividad y decisión. Lo mismo ocurre con el empresario, sobre todo cuando se trata de directivos, cuyo trabajo se basa en decidir o, como escribe Fontrodona, en ejercer una función de síntesis (1999: 201-204). En efecto, en la acción directiva no sólo influyen aspectos económicos, sino que se sintetizan también aspectos sociológicos y éticos. Una buena decisión empresarial pide, por ejemplo, investigar el mercado, conocer y observar el medio y el público, establecer un plan de negocio, cultivar vínculos comerciales y, sobre todo, como recordaba Ortega, comprender el fondo social sobre el que se desarrolla la producción (1983 [1954]: 738). Un caso parecido puede observarse en los grandes directores de cine que, más que imponer sus mandatos sobre el resto, trabajan al modo de un taller. Así, como un auténtico artesano, el realizador delega tareas en otros, deja hacer a la segunda unidad y, en todo momento, debe decidir y juzgar los resultados en función de la visión que él mismo tiene sobre el filme, como dan prueba los documentales, making of y libros donde se ve la cantidad de áreas que, de algún modo, debe conocer o tener en cuenta un director: vestuario, iluminación, ambientación, dirección de actores, guión, escenas de acción, efectos especiales, montaje...

Estos tres ejemplos refieren formas de liderazgo, de dirigir personas. No es casual. La educación en la Universidad aporta una capacidad de integrar conocimientos imprescindible en las labores de gestión, gobierno y dirección. Por eso es que Ortega

insistía en que, además de buenos profesionales, la Universidad debe formar grupos rectores y gente que sepa mandar, que sepa influir positivamente en una sociedad masificada (1983 [1930]: 37-38). De ahí que sea tan urgente suscitar aquellas minorías selectas que podrán ejercer un liderazgo real el día de mañana y educarlas integralmente para que logren articular una visión de futuro orientada al bien común, a la construcción de valor, y que sean capaces de arriesgar por esta meta mediante el compromiso personal.

Es en este sentido que Aranguren recuerda que la Universidad es una institución aristocrática. Lo es por su espíritu propio, pues “su objeto de estudio es la verdad, y esta no se compone ni por la decisión de las mayorías, ni por los votos de muchos, ni la realizan las conveniencia de un grupo de presión” (2004: 32). Pero es también aristocrática por el talante de las personas que la forman y aspira a formar: personas libres, independientes, dueñas de sí mismas, con capacidad de decisión, emprendedoras (2004: 33).

Para lograr este tipo humano íntegro y responsable, capaz de alcanzar una concepción global sobre el valor de las cosas capaz de dirigir su propia vida e influir para bien en los demás, la metodología universitaria tradicionalmente ha recurrido a la discusión en clase, a la seriedad investigación de sus profesores y al cuestionamiento de los límites de cada ciencia particular en distintos foros de debate. Sin menosprecio de todo ello, sí convendría recordar que la unidad del conocimiento no es algo que la Universidad pueda conseguir y transmitir si antes no se logra en el individuo (Morón Arroyo 2007) y, más concretamente, en la cabeza y el corazón del profesor, que se convierte en “maestro” justamente cuando posee un auténtico talento integrador de lo científico, lo vital y lo técnico (Ortega 1983 [1930]: 72).

4. Conclusión

La visión unitaria del saber no nace de una teoría unificada de las ciencias sino, más bien, de la hibridación o compenetración de saber y vida que se da en una educación adecuada dentro del marco de una relación maestro-discipulo. Ciertamente, para que sea teóricamente posible, la síntesis de saberes conlleva una serie de presupuestos metafísicos (la unidad y orden de lo real), antropológicos (la unidad de la persona) y epistemológicos (la capacidad de aprehensión progresiva e histórica del pensamiento) de los que me he ocupado en otro sitio (Serra 2011).

Sin embargo, para no salir del ámbito pedagógico, operativo y existencial en que se enmarca este trabajo, y a modo de conclusión, es imprescindible remarcar que sólo un profesor con cierta personalidad y rico en sabiduría de la vida puede ayudar en la maduración personal de los alumnos y suscitar en ellos el deseo de lograr vigorosas síntesis de saberes en lo profesional, en lo científico y en lo personal. Pues, como ha subrayado Prades

Cuando se está ante una personalidad rica en algún aspecto de la vida (un gran médico, un gran profesor), pero, sobre todo, cuando se encuentra a una personalidad rica en sabiduría misma de la vida, se produce esa impresión de novedad que despierta la curiosidad, la atención, el respeto y nos dispone a conocer. La capacidad de apertura a todas las dimensiones de lo real y la exigencia de alcanzar la verdad se ven así facilitadas, porque estos dinamismos se ponen en movimiento ante la provocación de alguien que aparece a los propios ojos como una autoridad en el sentido etimológico del término (auctoritas de augeo, incrementar, hacer crecer) (Prades 2007: 139-140).

Referencias bibliográficas

Aranguren, Javier (2004). Los paraísos encontrados. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.

Basave, Agustín (1993). Estructura y misión de la Universidad. Bases para una reforma universitaria (461-471). La Universidad ante el quinto centenario: actas del Congreso Internacional de Universidades. Madrid: Editorial Complutense.

Bayard, Pierre (2008). Cómo hablar de los libros que no se han leído. Barcelona: Anagrama.

Benedicto XVI (2008, 17 enero). Discurso preparado para el encuentro con la Universidad de Roma “La Sapienza” [en línea]. Recuperado el 25 de junio de 2011, de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2008/january/documents/hf_b-en-xvi_spe_20080117_la-sapienza_sp.html.

Botturi, Francesco (2002). Escisión de la experiencia e identidad antropológica. En Borobia, J. J. et al (eds.), Idea cristiana del hombre: actas del III simposio internacional fe cristiana y cultura contemporánea (39-61). Pamplona: Eunsa.

Derrick, Christopher (1997). Huid del escepticismo: una educación liberal como si la verdad contara para algo (2ª ed.). Madrid: Encuentro.

Di Martino, Carmine (2010). El conocimiento siempre es un acontecimiento. Madrid: Encuentro.

El peligroso alcance de los micrófonos (2008, 28 julio). El Mundo, 18.

Fontrodona, Joan (1999). Ciencia y práctica en la acción directiva. Madrid: Rialp.

García Morente, Manuel (1996 [1918]). El esfuerzo mental de memoria. Obras completas (I, 2, 88-96), Barcelona: Fundación Caja Madrid y Anthropos.

Horkheimer, Max (2010 [1967]). Crítica de la razón instrumental (2ª ed.). Madrid: Trotta.

Innerarity, Daniel (2011, febrero). Complejidad, formación, creatividad. Cuadernos de pedagogía, 409, 84-85.

Melendo, Tomás y Millán-Puelles, Lourdes (1997). La pasión por la verdad: hacia una educación liberadora. Pamplona: Eunsas.

Morandé, Pedro (2000, octubre-diciembre). Un nuevo humanismo para la vida de la Universidad [en línea]. Humanitas, 20. Recuperado el 25 de junio de 2011, de <http://humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0009.html>.

Morón Arroyo, Ciriaco (2007, enero-junio). La unidad del conocimiento en la Universidad del futuro. Cristianismo, Universidad y cultura, VIII (15), 93-100.

Ortega y Gasset, José (1983 [1954]). Una vista sobre la situación del gerente o «manager» en la sociedad actual. Obras completas (IX, 727-746). Madrid: Alianza / Revista de Occidente.

Ortega y Gasset, José (1983 [1930]). Misión de la Universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía. Madrid: Alianza.

Ponz Piedrafita, Francisco (1996). Espíritu universitario. En García Hoz, V. (coord.), La educación personalizada en la Universidad (81-130). Madrid: Rialp.

Prades, Javier (2007). La ruptura de la visión unitaria del saber como ruptura del sujeto educativo. En Galán, A. (ed.), El perfil del profesor universitario: situación actual y retos del futuro (136-150). Madrid: Encuentro.

Serra, Juan Pablo (2011). ¿Qué síntesis? ¿De qué saberes? Ratzinger-Benedicto XVI: The Idea of a University (en prensa). Madrid: Universidad Francisco de Vitoria

Zubiri, Xavier (1974 [1942]). Naturaleza, historia, Dios. Madrid: Editora Nacional.